

The cover features several large, expressive black brushstrokes on a teal background. One stroke starts at the top left, curves upwards, then downwards and to the right, ending in a thick, horizontal bar. Another stroke is a simple vertical line with a small horizontal tick at the top. A third stroke is a thick, curved shape at the bottom right. There are also some smaller, more fragmented strokes near the top right.

el paranoico amante

Roberto Mira

el paranoico amante

Roberto Mira

El Paranoico amante

El Paranoico amante por Roberto Mira Fernández tiene una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License.

Los permisos fuera del alcance de esta licencia deberán solicitarse a través de robertomirafernandez.jux.com

Editor: Roberto Mira



Autor: Roberto Mira

Diseño de portada: David García

Dibujo: Roberto Mira

Depósito legal: A-311-2010

Impreso en España / Printed in Spain

Fotocomposición, Impresión y Encuadernación:

CEE Limencop, S.L.

<http://www.limencop.com>

correo: publicaciones_elche@limencop.com

correo: reprografia_elche@umh.es

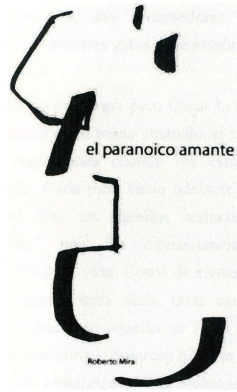
Tel.: 966658487 / 966658791 / 965903400 Ext. 2784



Este libro ha sido confeccionado por personal discapacitado perteneciente al Centro Especial de Empleo Limencop.

A todos aquellos que se hallen sufriendo
por culpa del amor o de la soledad que él
produce, cuando nos abandona sin dejar
remite alguno.

El autor



Paranoia primera

Reinaba la medianoche y las agujas del reloj en su huesuda muñeca así lo marcaban. Atravesaba el asfalto húmedo. La niebla hacía que el paisaje difuminara el contorno de las luces, de los transeúntes, de los contenedores atestados de basura y de algunos gatos, que celebraban su festín junto a ellos.

El camino era largo, pero Óscar lo recorría lenta, pausadamente. Su mano emanaba el aroma del que quedó impregnada cuando fue estrechada en la despedida. Cada paso hacia adelante era contra su voluntad que, en aquellos instantes, debía ser “sometida” por las circunstancias reales y coherentes de la vida. Como de costumbre, maldijo tanta renuncia, tanta duda, tanta cautela ante el temor de que todo aquello no fuera más que, por deseada, una corta y dolorosa historia de amor. Con el corazón nostálgico quería prolongar los últimos instantes vividos y que nada le hiciera volver o, por lo menos, lo más tarde posible, a la duda que la cruda realidad imponía. El recuerdo, presa del pasado, luchaba por sobrevivir y conseguir una parcela del cerebro, que se devanaba ágilmente, intentando archivar todas y cada una de las frases emitidas por el ser amado: imposible. Su cabeza era una vulgar batidora que no

acertaba más que a triturar todo y sin selección alguna. Sus piernas le alejaban, pero el corazón le retenía. Hubiera querido prolongar esa noche, darse al deseo, estrechar, poseer el cuerpo del amado que provocaba aquel estado de embriaguez pasional. Había tenido la sensación de que se concentraba en el amado toda la necesidad de amor que la humanidad demanda y, quería paliarla a través de él y por él. Óscar llegó a su coche, lo puso en marcha y al encender las luces se dio cuenta de que no había niebla, que tampoco había habido y que por lo tanto, no había desaparecido sino que no había existido: que el pañuelo que anudaba su cuello, estaba humedecido pero por las lágrimas que le impedían la visibilidad adecuada. No se asombró. Era normal. Toda gran historia de amor y por qué no, también de desamor, siempre cuenta con una primera renuncia. Era la primera de tantas y tantas como preveía y temía.

Paranoia segunda

Momentos antes Oscar, para dejar transcurrir el tiempo, cogiendo unas delgadas y trémulas manos femeninas, había intentado explicar a su interlocutora el porqué y, a pesar de la ruptura, los amantes abandonados no podían asumir que las personas por las que son abandonadas, aún no siendo merecedoras de ello, dejaran una huella que, el espíritu, se revelaba en tener que soportar. Se miraron. Se comprendieron. Ambos sabían, por experiencia, que en cada ruptura siempre hay algo que se teme no volver a recuperar: la autoestima. Óscar, que todo lo esgrimía con la palabra, sin dificultad alguna, llegó a convencerla de que sólo los seres que descienden al infierno por amar, valoran el amor en un todo y para todos.

Apresuradamente salió de la librería y a la hora prevista llegó al lugar donde había quedado citado. Estaba vacío. Hacía frío. Tenía dudas. Temía que su sentimiento fuera herido por las circunstancias convencionales. Se vieron. Se saludaron; pero no se sintieron. Representaban sus respectivos papeles. El guión, poco importaba. Tenían que improvisar. Transcurrido cierto tiempo salieron de la sala donde se había producido una inauguración de plástica, no sin antes encontrar, tropezar, saludar y despedirse de gente, amigos y conocidos que, por el momento,

estaban ajenos al milagro que se estaba produciendo entre ambos. Fueron por donde uno de ellos apuntó. Hacía humedad. Se estableció un monólogo por el amado, Miguel, mientras el amante, Óscar, penetraba avaramente en su mirada. De repente, Óscar dijo: “No me iré sin un beso tuyo”. Antes de que terminara la frase, se produjo el milagro: la inconsciencia, la dulzura, la amistad, el amor y por qué no, el deseo, se fundieron en aquel beso para formar parte de uno de los instantes más nobles, puros y bellos que Óscar había vivido. Continuaron caminando: todo era de Óscar, sin pertenecerle nada. Llegó la hora. Debían despedirse. El amado, ratificaba verbalmente la limpieza de sus sentimientos, mientras Óscar, el amante, escuchaba mirándole fijamente y sintiendo que estaba frente a un ser que le vencía amorosamente y en el que deseaba verter todo el caudal de amor que por él había nacido. Se entrecruzaron los dedos, con la triste delicadeza con que se rozan los pétalos de las rosas, cuando saben que van a ser separadas de su rosal. La noche, una vez más, engulló sus cuerpos en el horizonte urbano y Óscar, sintió nuevamente en su caudal sensitivo, una común y aguda herida - era lógico, no habría rosa, sin espinas-.

Paranoia tercera

La escena estaba preparada. Sobre la mesa: un jarrón de blanca cerámica esmaltada; unas calas, cuyos retorcidos tallos sabiéndose agónicos, mostraban no soportar más la separación de sus bulbos; una luz tenue – la que desprende un cirio blanco – y una barra de incienso humeante. Un leve escalofrío recorrió su cuerpo. Una sentida música sonaba envolviendo toda la estancia de un sopor monacal adecuado al estado de ánimo del amante. Se colocó frente a la máquina de escribir. Tenía necesidad de hablar, de contar, de dejar constancia de su sentimiento sobre un papel – las palabras emitidas a través del sonido mueren en el vacío del espacio - ¿Era conveniente la constancia material de la escritura? La terapia y, como en anteriores ocasiones había comprobado, sería positiva: se desahogaría de toda la tensión acumulada por la “plenitud vacía” de la jornada.

Óscar estaba enamorado de un hombre. Se sentía con la capacidad suficiente como para haber conseguido sobrellevar todos los traumas que conllevaba su inclinación homosexual. Había logrado vencerlos uno a uno, sometiéndolos con crueldad en el pozo de sus sentidos. Ahora sí que era todo “normal” y casi tan edificante, que daba gracias a los dioses por haberle dotado de esa sensibilidad especial –

antes homosexualidad: desviación pecaminosa y demoníaca para los hipócritas que se servían de sus placeres – esa sensibilidad que tanto y tanto le oprimía para luego, después de la contienda, caer rendida en sus brazos, cual dulce criatura.

De pronto, los ojos humedecidos perdieron claridad de visión, cogió un “clínex” y se sonó. “Piensa en mí”, era el título de la canción que sonaba. El amante recordaba, necesitaba volar, no huir: escapar. Retomó de su memoria la imagen deseada y dejó de escribir para recluirse en su habitación. La celda estaba lista, el reo también, el verdugo – el sueño – vendría a decapitarle cuando quisiera, seguramente cuando su cerebro estallara de pensar una y otra vez que tenía que terminar, que no existía indicio alguno que le vaticinara lo contrario, pero que, ojalá, a la mañana siguiente hubiera otra excusa para poder perder su voluntad por la suya, la del ser al que estaba amando: Miguel.

Paranoia cuarta

Y de nuevo otro domingo más. ¿Cuántos ya? ¡Qué eternos y vacíos resultaban! Podía salir, hacerlos llevaderos, pero prefería estar a la espera de esa posible llamada que no se producía.

La jornada pudo estar cargada para el amado de acontecimientos que le habrían impedido llamar. Óscar, prometió provocar, en represalia, tonta e ingenuamente, lo propio: fingir durante toda la semana una actividad lúdica y salir con amigos de una forma incontrolada. Escapar de su presencia, de su recuerdo e intentar despersonalizar su angustia. Lo conseguiría. Existían cantidad de teléfonos que estaban esperando su llamada. Lo haría. Empezaría por el lunes, iba a tener muchos compromisos que le impedirían el encuentro; el martes, tendría convocadas citas con personas para charlar sobre cualquiera de las cosas que se le ocurriera sobre la marcha; el miércoles bajaría a la ciudad para ir al odontólogo; el jueves, fingiría no hallarse bien; el viernes, saldría de copas; el sábado tendría resaca; el domingo, no habría problemas, el amado, lo dedicaría a su familia y el lunes, Óscar, el amante, descansaría. Toda una semana de abstinencia; a lo sumo, como no podría evitarlo, alguna llamada. Todo esto, haría quizá comprender al amado que, en

la lucha, no había que adoptar la figura de un gran estratega, sino salir al campo de batalla, con las armas dispuestas y no dar tregua con la que el amante pudiera recomponer su situación y disponer así de otra estrategia que pudiera dejar fuera de combate a quien justificaba “todo” como consecuencia de su “lógica y normal razón”.

Óscar era consciente de que mañana sería otro día, hoy era el presente. Un presente absurdamente vacío cuando tanto por dar tenía a través de su sentimiento. La sin razón vencería. El enemigo – lo preestablecido – al que ya conocía, necesitaba no tener la seguridad que adocena y adormece lo sentidos. Merecía la pena el vapuleamiento del amado para que éste reaccionara y luchara con pasión por lo que sin derecho le había arrebatado: el amor, con la capacidad de entrega que sólo desarrollan los que mucho han sufrido y con tantas renunciadas sobrealimentados.

Paranoia quinta

Ese largo encierro a que la ausencia del amado le invitaba, era el merecido respeto que su dolor provocaba. ¿Por ser el amante, merecía la pena tanta ausencia, tanta lucha, tanta renuncia, tanto compartir a dos lo que a uno sólo debiera pertenecer?... Cuando apareció el amado, el horizonte de Óscar se expandió, su universo se agrandó y su alma se amedrentó. Temió, sabía lo que le esperaba. Se resistía, dudaba, vacilaba, se negaba. Se rendía. Empezaba el peregrinaje por los consabidos caminos: el de la soledad, añoranza, deseo, espera, llanto, angustia, celos... todo a cambio de una sola luz, la del amado, que amorosa y tiernamente anulaba su voluntad haciéndola presa de la del amado. Si ese amor que sentía se desvaneciera tan rápidamente como había nacido...; pero Óscar mucho se temía, por más que arguyera su deseo lo contrario, que el olvido iba a ser un duro hueso que roer. Óscar, altivo, orgulloso, dominador, guerrero... quedaba de nuevo reducido, por amor, a ser la hoja que el viento transporta cuando el levante sopla. El amante quedaba disminuido, no sentía. Ni pensaba, ni existía en plenitud sino cuando su horizonte se complementaba con la imagen del ser amado –Miguel-. Lo sabía, lo temía y, sin embargo, allí estaba, escribiendo lo que el sonido no

podía transmitir al ser que amaba en esa noche de domingo, donde otra jornada más, le había privado de la presencia de su amado, dedicado a su entorno familiar.

La fiebre de sus sentidos hacía que desvariara. Óscar imaginaba futuros que no llegarían, por carecer de presentes y, sin que por ello se quejara, se abrazó a la noche de sus naturales instintos, con el recuerdo del último gesto del amado, por si el de mañana tampoco se materializaba sintiendo, de nuevo, la herida de amor que su ausencia provocaba; pero el amante, Óscar, abandonaría al amado cuándo y dónde éste lo decidiera para pasar, la historia amorosa, a formar parte de uno de los bellos recuerdos que, en su corazón, habitarían.

Paranoia sexta

¿Qué era lo que podría haber llevado a Óscar a tener aquella necesidad de la presencia del amado: el “status social”, el “rol” que desempeñaba, su “parcela de poder”..., o por el contrario, su humanidad, su necesidad de comprensión, de afecto y cariño y su gran sensibilidad y entendimiento cultural...? Con toda seguridad era este último grupo de valores. Era lo único que realmente le pertenecía al amado por haberle dotado de ello la naturaleza; lo demás, era propio y consecuencia de lo anterior, pero se lo llevaría el tiempo tal cual le fue entregado por los humanos: de un plumazo.

Recordaba la primera entrevista producida. No fue todo lo loable que hubiera sido de esperar. Se produjeron escarceos banales, normales entre dos seres que, por distintas connotaciones, se atraen; pero el amante estuvo menos locuaz que lo acostumbrado en este tipo de situaciones y prefirió dejar hablar al amado que, entretanto, sondeaba la reacción de él, ante determinadas “revelaciones”. Se despidieron después de dos horas y se volvieron a encontrar un mes más tarde, en un entorno poco propicio para el morbo y decidieron que fuera en el marco transparente e iluminado de una simple cafetería.

Tomaron dos copas. La conversación, poco más o menos, continuó por los mismos derroteros que la última mantenida y se volvió a insistir por el amado, en la necesidad de que aquellas citas o encuentros debieran producirse, sin compromiso alguno, con cierta periodicidad para mejor conocerse. Así lo acordaron y se sucedieron otras tantas, todas y cada una de ellas, con mayor estímulo e intensidad.

Algo se había producido y eran conscientes de que se estaban arriesgando, poniendo en juego, no sólo sus respectivas reputaciones sociales, sino algo mucho más importante: todo su sentimiento amoroso sin saber a qué les conduciría y por cuánto tiempo.

Con la responsabilidad que las experiencias acumuladas dan, cuando ya se han cumplido determinados años, asumieron el deseo de satisfacer sus necesidades físicas-sensoriales sin pensar en más, embarcándose en un navío cuyo puerto de destino podría ser la isla maravillosa y solitaria que unos seres enamorados desean hasta la eternidad o una ciudad repleta de gentío iluminada por luces de neón, donde serían despedazados por la multitud que, comprendería, envidiaría y condenaría cruelmente a los arribantes, por atreverse a romper las “normas preestablecidas” -como si el amor entendiera o importara todo ello.

Paranoia séptima

Siempre le había parecido absurda la escena cinematográfica en la que sus protagonistas hacían el amor dentro de un coche. Óscar, no entendía la necesidad de hacerlo en un sitio tan incómodo. Él siempre lo había experimentado en espacios extraños, pero no en un sitio que, de entrada, le parecía incómodo y vulgar; pero hete aquí que, como de costumbre, se emiten juicios, se adoptan posturas de forma gratuita y absurda sin haber vivido en carne propia las situaciones enjuiciadas: de la droga, la homosexualidad, la prostitución, el hambre del cuerpo y el del alma, la sed de justicia, el desamor, la pasión, la entrega, la soledad, la espera, la enfermedad, la vida, la muerte... y de tantas y tantas cosas que, por desconocerse, se cree poder evitar, controlar, dominar y superar satisfactoriamente. El amante había caído preso de su propio juicio protagonizando la misma escena que cinematográficamente había reprochado y el espacio le pareció inmenso, importándole sólo lo que se produjo dentro del automóvil: un torso desnudo de reflejos de luna impregnado, provocó la evasión de sus instintos reproductores y no hubo transmisión de vida. Sólo la naturaleza cumplió una vez más su necesidad natural, sin represión alguna. El silencio

escuchó. Las aguas se turbaron y el amado, cual
perro lobo, aulló frente al horizonte comunicando al
Universo su mensaje de amor consumado.

Paranoia octava

Desde la experiencia de Óscar, estaba claro que no había perspectiva alguna que diera la impresión de que la relación con su amado pudiera tener solución final aceptable. Los acontecimientos que tenían que producirse, por lógica y natural consecuencia, difícilmente serían soportados por él. La familia del amado estaba despertando a situaciones sociales y humanas necesidades, tales como el fin de carreras, dotes, casamientos, nacimiento de nietos, etc., y todo ello dilataría la posibilidad y necesidad de encuentros, resultando éstos cada vez más débiles e inoperantes. No obstante, el amante tampoco contaba con otras opciones que elegir y por lo tanto, pensar en cosas reales, más o menos negativas, ni era inteligente ni del todo recomendable. El tiempo daría la razón a quien la tuviera sin reparar en mayores consecuencias, puesto que él – el tiempo – lo daría todo por consumado y/o consumido.

Paranoia novena

Tuvo que hacerlo. No tenía más remedio. El amante tenía una hinchazón tremenda de testículos y en el pubis sentía una gran opresión. Se masturbó. Descargó su semen sobre el terrazo y sus músculos se desentumecieron. Desnudo y bajo el sol, se sentó frente a la máquina de escribir en busca de un tema que fuera lo suficientemente atractivo como para perpetuarlo en unas simples hojas de papel reciclado. A su pesar, pensaba en las horas anteriores, miraba el mismo azul del cielo, pero el paisaje era distinto. Del horizonte fijado por el mar y el cielo, había pasado al de las sombras entrecruzadas que producía la valla de los cipreses de su abigarrado jardín. Las puntas de ellos seguían erguidas, ignorantes de la frustración que los sentimientos de él tenían que soportar para no provocar la catástrofe que nadie, ni siquiera el amante desea, aunque frustradamente comparta su amor con el amado.

Horas antes, un lecho de piedras había sido el lugar donde habían descansado tendidos. La brisa del mar, la sinfonía que les acompañaba; el Sol, inclemente, daba calor a sus cuerpos, que ardían más por la pasión contenida y de nuevo, el azul se convirtió en el color protagonista de esa lúdica mañana.

Fijado, previamente, el horario al que tenía que

ajustarse el amante por necesidades del amado, ambos charlaron pausadamente del amor, del entendimiento, de la amistad, de la renuncia, de la familia, de los proyectos, del ayer, del hoy, del mañana... El amante, preguntó al amado si creía posible la convivencia diaria entre ambos, respuesta que llegó afirmativamente, como intuía y deseaba.

El amante observó la razón del movimiento de las lúdicas olas, eran cual caricia para los sentidos; disfrutaba, de la función de los rayos solares, de la brisa que aportaba su peculiar aroma de algas, de la armonía de las piedras sin contorno que no hubiera sido limado por las aguas, del azul del mar que, más intenso, hacía más claro el del cielo, de los enanos pinos constreñidos a las rocas de las montañas que rebordeaban la orilla,...

Al instante, se dieron cuenta de que lo que al principio era un paisaje lúdicamente solitario se fue convirtiendo, como por arte de magia, en un lugar inundado por familias domingueras, deseosas de salir de su pequeño “hábitat”. En consecuencia, el chándal rojo de la señora, sus pantalones vaqueros a punto de estallar, sus cortos y sucios pelos, la tripa de su compañero, su cigarro, su larga y pobre melena, sus zapatillas, su pantalón de pana, la nevera, las barras de pan, las hamacas de plástico, la mesa prefabricada, la abuela, los niños, el coche, el transistor... todo ello asombrosamente ubicado en

menos de cuatro metros cuadrados bajo un algarrobo tiñoso, provocó que el amante comprendiera de qué lado venía y a qué lado pertenecía por condena: al de la compenetración con el silencio y al de la comunión extra sensorial con el ser que estaba amando y con el que sus labios hubieran quedado sellados para la Eternidad y como prueba de amor, si así se lo hubiera demandado el amado; pero no fue posible, había llegado la hora establecida y el amado tenía que separarse del amante para continuar compartiendo la feliz jornada con su familia. El amante lo encontró tan “normal” que, con estoicismo desacostumbrado pensó: “Esto debe de ser lo de los gajes del oficio de amante”.

Paranoia décima

Era un atardecer y de pronto, Óscar fue consciente de que aquello no tenía futuro. Eran dos personalidades con determinados puntos de conexión – sentido de la responsabilidad, honestidad, trabajo, libertad... - pero en la forma de manifestar su amor, el amante era más visceral, más pragmático, menos enraizado a determinaciones prefijadas por un comportamiento que, hasta entonces y para Miguel, formaba parte de su preestablecido reino, donde todos eran aparentes vasallos que se aprovechaban del desgaste que produce reinar. Óscar, sin embargo, había echado por la borda todo aquello que consideraba inútil para su largo o corto camino. Tan ágil estaba, tan consciente, tan consecuente y tan entregado, que pronto se percató de que aquello debía ser “controlado”, que esa situación de ansiedad, de angustia, de necesidad de estar, de compartir con el amado, se estaba convirtiendo en algo mucho más denso, menos llevadero, menos compatible con las estructuras consideradas “normales”, que perdía su identidad. ¿La situación reinante era y debía continuar siendo como un encefalograma plano para que tuviera la razón de ser adecuada?...No. La vida le había enseñado a distinguir lo necesario de lo

útil, lo real de lo realizable, lo negro de lo oscuro. ¿Entonces, por qué tenía temor a asumir que toda esa aventura, desde que fue engendrada, estaba abocada al fracaso o, en términos ginecológicos, al aborto?.. No lo sabía, pero lo asumió como tal, cuando en una de tantas conversaciones mantenidas con el amado, Óscar percibió que el hecho de que éste tuviera ataduras familiares, descargaban y hacían más lúdicas las iniciaciones románticas de aquellas primerizas jornadas. El amado, trataba de demostrar a Óscar, que todo estaba “preestablecido”, que no debía alterar el orden de las cosas pese a presumir y alardear de tener fuerza y valor suficiente para hacerlo cuándo y cómo le pareciera; pero no era conveniente ni humano el tener que producir daño a terceras personas, que no se lo merecían y que, indudable y egoístamente, eran los vasallos de su reino terrenal, -los que alimentaban su ególatra protagonismo y le reconocían como persona socialmente responsable de todos los compromisos preestablecidos: matrimonio, hijos, hogar, coches, inmuebles, viajes, honoríficos cargos...,- pero había habido un fallo en todo esto y era que Óscar, la historia ya se la sabía, la había vivido, la había soportado, sufrido en otra etapa de su vida. Tenía profunda conciencia de que todo ello eran excusas de mal pagador, de que para el amado era mejor jugar a dos barajas, aunque ambas estuvieran marcadas por él mismo.

Óscar permitía a Miguel seguir su juego, aunque hiciera trampas con su sentimiento y éste, al no tener miedo a perder, no corriera “riesgo” que es, en definitiva, lo que estimula, engancha y arruina al empedernido jugador. El tapete de la vida estaba extendido frente a los horizontes del amante. La jugada, difícil, estaba clara y era “normal”. Normal: qué palabra más hueca y vacía. ¿Era normal que alguien que estaba hasta los cojones de soportar estoicamente situaciones tan traumantes como la de compartir su amor con una tercera persona, simple y llanamente porque el amado hubiera contraído matrimonio y a través del ritual sexual, tenido unos hijos, que no eran culpables pero que, junto con el cónyuge del amado, eran el pretexto “natural” para no tener que asumir más responsabilidades que las que se derivaran de las relaciones lúdico-temporales con el amante?.. No, no era normal. Esa situación, sólo era entendible por aquellos seres que hubieran tenido que asumir que, hasta en el amor y por mucho que amar resultara enriquecedor, siempre existían operaciones matemáticas en donde al que “ama” se le aplica la resta y al que es “amado” la suma, sin darse cuenta este último de que, a pesar de su aparente y calculador control, los que son amados se empobrecen cuando la vida les impide multiplicar y les llega la hora de tener que dividir o restar.

Paranoia undécima

Acababa de vivir unas horas de pasión contenida y sentado frente al televisor, Óscar, se decía una y otra vez, que algo no funcionaba, que era una carrera continua de angustias, incertidumbres, temores...

Esa noche, la luna había arribado al punto más alto de su puerto. El viento era suave. Sus cuerpos ardorosamente se habían fundido entre apasionados besos y nada más había ocurrido. El amado lo provocó. Ambos lo deseaban. Transcurrió el tiempo preestablecido por Miguel. Debían regresar a las luces de neón, al asfalto, a la realidad pura y dura que tantas utopías destruye. El mañana no tenía proyectos, posiblemente una llamada más o menos forzada para ratificarle lo maravilloso de la anterior jornada. Después, Miguel, con la conciencia tranquila, podría continuar sus “obligaciones” y cumplirlas satisfactoriamente: su equilibrio no correría riesgos.

Óscar, con una sensación física y psíquica poco aconsejable, volvió a la cama. Ella, solitaria como siempre, le recibió, le comprendió e intentó darle el abrazo que su espíritu deseaba. Su cuerpo olía a la presencia del amado. Cerró los ojos, rememoró los momentos inmediatos y algo le perturbó: había observado ojos de cansancio, de prisas, de un “no

pasa nada”, de una normalidad, de un sentir “por fin llegó la hora”, de una deseada partida al cumplirse el ciclo que la jornada amorosa satisfactoriamente le había deparado al amado. Óscar se prometió que todo iba a cambiar, que podía superar la angustia de no saberse. Volvió su cuerpo de lado, extendió al vacío su brazo derecho, apagó la luz y, el espacio quedó inundado por los rayos de la luna. La luna, esa amiga que había contemplado tantas veces momentos de amor y renuncia como el que se había producido esa noche. Quiso llorar, desahogarse; pero sus motivos no eran del todo nostálgicos, eran provocados más bien por la racional conciencia de que el peligro acechaba y de que en la lucha alguien iba a vencer y ser vencido: la lógica o el amor. Dio un abrazo al vacío imaginando tener el cuerpo del ser amado y desolada su alma, se fue en busca de Morfeo sin importarle mucho si, entretanto, por Caronte – como dijo el poeta – le fueran mostrados sus remos y, en el mar del desaliento, tras la bruma, todo dejara de ser y de existir.

Paranoia duodécima

Éste era otro atardecer. Físicamente solo, Óscar tomó asiento en el mismo lugar donde había contemplado otros atardeceres. No había hecho falta ni que pidiera la consumición: el camarero, educada y cortésmente, le sirvió lo que usualmente solía tomar. Las luces encendidas no estaban iluminando en plenitud, luchaban con la hora del crepúsculo por hacerse protagonistas absolutas, sin conseguirlo. Como debió ser el “ocaso azteca”, su dios, el Sol, agonizaba tras los rayos del postrero día. Día vacío y lleno a la vez. Había llegado a esa conclusión. Vacío de presencias y lleno de recuerdos nostálgicos.

A pocos metros, en el lugar idóneo, estaba sonando para un público incondicional y aparentemente exquisito, las mejores composiciones legadas por Bach, Vivaldi y Weiss. Óscar, tenía la del murmullo provocado por las barcas en las estancadas aguas del constreñido puerto en donde se hallaba y las gaviotas alborotaban con su aleteo el acompasado sonido, como aplaudiendo tan magistral sinfonía.

Óscar, contrastaba los distintos espacios, sensaciones, necesidades, aspiraciones, realizaciones y planteamientos de vida. Se había apeado de un tren con destino a ninguna parte y por ello, jamás se había sentido más seguro de lo que anhelaba, deseaba y

quería. Qué distancia, qué lejanía, qué terrible llegar a darse cuenta no a tiempo, sino a destiempo. Sopesaba, matizaba, recomponía situaciones, conversaciones, jornadas, vida y muerte de lo lúdico y bello, de lo amargo y cruel de la vida.

La copa de vino todavía estaba por vaciar. Las luces ya eran casi protagonistas absolutas del horizonte civilizado y el agrisado cielo, de malvas enmarañado, servía de sayal mortaja al día que moría inevitablemente.

El romero de unas vulgares jardineras le transportó a otro que floreció en otras primaveras de su vida. Ésta era distinta, pero el aroma de sus ramas persistía en su mente como parte integrante de una sentida y consumada entrega por amor.

Ahora, su espalda húmeda, soportaba estoicamente la rigidez de su columna artrítica. No pasaba nada. No iba a pasar. Era lo mejor, aunque no lo deseado. Óscar, reproducía mentalmente la escena que se estaba representando a pocos metros y sabía que le sería encomiablemente comentada como de “maravillosa y acertada asistencia”. Miguel, el amado, tenía aspiraciones y ésa era una de las pruebas a las que se tenía que someter, entre otras. Necesitaba cumplir “lo programado”. Debía examinarse y, socialmente, nunca se sabe hasta qué punto se es por ser, por lo que realmente se aparenta ser, o por lo que los demás intuyen que se es.

Óscar, por el contrario, no estaba ya para esos troles. Era feliz con sus manos manchadas por el trabajo realizado, con el vino cabezón, de soporífero efecto, con el camarero, -homosexual como él-, con la pareja de enamorados que se hallaban sentados en el banco, con el esputo del hombre de la mesa de enfrente, con el olor producido por el aceite de freír, con la calma aparente, con su dominio mental, con su dolor, con su nostalgia, con su desamor, con su mezquindad, con su altruismo, con todo lo mucho y lo poco que formaba parte integrante de esa gran partitura que representa la vida pura, sincera, sin posturas a adoptar, sin nada que fingir o tener que justificar, con la contemplación simple, intensa y profunda del espíritu dolido que, hubiera podido provocar el vómito de sangre de su pecho oprimido por el dolor de la ausencia.

Una ráfaga de gaviotas, conscientes de la oscuridad reinante, inundó el espacio despidiéndose de la jornada y Óscar miró y clamó al cielo la piedad que el insignificante humano demanda, cuando sabe que debe y se esfuerza en desear romper de cuajo todo el amor que aún le inunda para su mal. Óscar, lo consiguió durante ese atardecer. Mañana se produciría otro atardecer; pero su alma, agazapada, no volvería a contemplarlo con la desnudez de la pureza inviolada.

Paranoia decimotercera

La utopía de la vida se segregaba en parcelas pequeñas, en empresas cotidianas que impedían que Miguel tuviera la energía suficiente como para concentrarla en pocos, pero intensos proyectos. Óscar se había dado cuenta. Esa tarde y frente a unos güisquis, en una vulgar y mugrienta barra de un macro-bar, Miguel, herido por razones que eran obvias para ambos, lanzó el primer dardo sobre Óscar. Hizo efecto. Óscar, fue advertido de que estaba siendo excesivamente crítico con la conducta del amado y éste, podría ser mortífero si actuaba de igual forma; contaba con suficiente energía para ello y lo que debía hacer Óscar era evitar la provocación. Éste, sintió como si la copa de cristal de su tallado amor hubiera sufrido, innecesaria e inoperantemente, un duro golpe. Se controló. No procedía por el lugar, la hora, el entorno y su experiencia, provocar a la fiera que todo ser lleva dentro, agazapada, si no se estaba convencido de querer combatir a muerte. Se corrió un tupido velo sobre la situación acaecida y transcurrió todo tal cual, Miguel, lo había previsto, provocando una situación deseada por el amado, sin consumación alguna. Con una falta de tacto y frialdad excesiva, las caricias de Óscar, fueron evitadas por el amado, cuando éste entendió que había acabado

su tiempo. Otro golpe: esta vez produjo fisura en la por vaciar copa de amorosos sentimientos y Óscar, sabio por lo vivido, supo que se estaban fraguando los raíles de una vía por donde el tren, el de la vida, lo llevaría a la estación del desencanto, en la que tantas veces había pernoctado antes de dirigirse al abismo del olvido donde vagar ni da ni quita vida, pero aletarga al reptil de los sentimientos frustrados.

Paranoia decimocuarta

Lo que sentía era un dolor agudo como un pinchazo físico, pero menos llevadero, porque Óscar, lo sentía en el alma. Una y otra vez, se interrogaba por qué a él. No había propuesto ni provocado nada, fue solícito y educado. ¿Por qué Miguel insistió sobre la necesidad de sus encuentros, de su amistad, de su cariño? Óscar no lo había pretendido, no era propio para la etapa de su vida y, sin embargo, por si no tuviera bastante con salir de la sequía de proyectos en la que se encontraba y tener que potenciar su supervivencia económica, familiar, social, humana... el destino le había jugado la mala pasada de poner en su camino algo que no esperaba ni deseaba, pero que, una vez que ha mordido, envenena la sangre como si de un áspid se tratara: el amor.

Si Miguel no podía asumir su responsabilidad de amado sino desde su razonado orden preestablecido ¿por qué tuvo que elegirle a él que, cuando decidió entregarse, ya no tendría posibilidad de volver atrás e inevitablemente iría al abismo? Óscar, no perdonaría al amado o tardaría mucho en hacerlo. Le había vendido un pasaje para un viaje del que Miguel se había arrepentido realizar junto a él. Se encontró solo en la estación con el equipaje de ilusiones cargado, con la esperanza pletórica por creer haber encontrado

a un compañero con el que compartir el resto que les quedara de vida. La razón había vencido al amor; pero no a la suya, que se había perdido como loca sin encontrar lugar ni sosiego para descansar.

El amor, es vital para el ser humano y el desamor es tan resbaladizo, tan etéreo a la vez que denso, tan cruel, tan falso que, cuando Óscar, creyó que ya había nacido en su sentimiento herido, se dio cuenta de que no era cierto. Le seguía queriendo con pasión, con rabia, con celos, con razón, sin ella; con deseo de dominio, de posesión, de entrega... con todo lo que se desarrolla en el ser cuando existe otro al que se ama y arroba la enloquecida cordura. Lloró. Ya no era tiempo para crear falsas expectativas. Estaba todo regulado. Todo era lo preestablecido. Nada se había alterado, nada... El amado, así lo había y tuvo siempre previsto, sólo que Óscar, se había convertido en el paranoico amante que no perdonaba a su debilidad pasional el que le hubiera dejado sin muletas donde apoyar su esqueleto, artrítico de doloroso amor.

Paranoia decimoquinta

En la calle y, al salir del aparcamiento de coches, Óscar, se encontró un sobre cerrado. Lo cogió del suelo. No vio a nadie a quien se le hubiera podido caer en ese instante. Tomó café y de pronto, como el periódico de la cafetería adonde había llegado estaba ocupado, se acordó del hallazgo. Abrió el sobre que contenía una carta cuyo texto leyó:

"Altea, 8 de mayo de 2001

Querida hija:

Espero que al recibir esta carta te encuentres instalada en el nuevo apartamento que has alquilado conjuntamente con tus compañeras de estudios. Siento no haber podido desplazarme para ayudarte, pero ya sabes que me encuentro en estos momentos dolorosos, que han mermado no sólo mi capacidad de lucha, sino mi animosidad de existir. Podría haber esperado a que me llamaras telefónicamente, pero he preferido ponerme a escribirte, es, como si estuviera hablando contigo y, en estos instantes, lo necesito tanto...

He ido esta mañana a hablar con la Asistente social, que sabes era amiga de papá, y me ha confirmado que todo está perfectamente tramitado y que, en menos de un mes, recibirá la pensión correspondiente. La Compañía de Seguros, a través de su agente, me ha confirmado

también que mañana efectuarán la transferencia bancaria de la consabida indemnización por el fallecimiento de tu padre. Eso, como él quería, servirá para que puedas terminar tus estudios sin estrecheces. Sabes que así lo deseaba y soñaba. Es triste que en estos momentos no esté y acurrucados en el sofá, en el que está frente al televisor, pudiéramos celebrar la alegría de tu ingreso y la realización del "master" elegido.

He sacado la caja roja, esa con la que tantas veces has jugado y, de nuevo, he extraído la ropa que usabas de pequeña, cuando te recibimos con un año de edad: los peucos de color rosa - están tan nuevos que, seguro, servirán para el primer hijo que acaso tengas-; los baberos que te fueron regalados por el tío; el primer pijama que te trajeron los abuelos y el osito de peluche que papá y yo compramos en unos grandes almacenes las primeras navidades que estuviste entre nosotros. ¡Estábamos tan felices, lo éramos tanto que, recuerdo que, cuando arreglamos el árbol y pusimos en la botita al osito, nos miramos con tal ternura que, sujetándome el rostro entre sus poderosas manos, lo estrechó contra su pecho y , con lágrimas en los ojos, separándolo dulcemente, depositó un beso en mis labios, cuando bendijo a Dios por haberme puesto en su camino. Tú, entretanto, ajena a la escena, boca arriba, echada en la alfombra dabas patadas al aire y jugabas con un juguete de ruidoso e inofensivo plástico, que te había regalado la señora de la limpieza.

No tuvimos que decidir tu nombre, al ser adoptada

veníais con él, pero nosotros esa noche te bautizamos con el de "Mar": eso eran tus azulados ojos, un mar incontenible de amor, que nos inundaba a los dos.

He abierto los diversos álbumes de fotografías y encontrado en ellas casi la historia de tu vida, paso a paso. Cómo eras: rolliza, alegre, glotona, simpática, mimosa..., en eso saliste a tu padre, siempre lo fue conmigo. Los cumpleaños, rodeada de nuestros amigos, con las tartas que te preparaba yo y que cada vez eran más grandes en razón a tu edad. Los primeros dientes que te salieron, tus primeros pasos, el primer día de Colegio, las excursiones al campo, a la playa; tu primer disfraz. ¿Te acuerdas? El de "Campanilla". Y tantos y tantos momentos que han quedado rescatados gracias al invento de la fotografía - aunque no lo creas por tu edad, las fotografías de los seres queridos, son el nexo de unión con los momentos vividos, con sus rostros, con sus cuerpos, con el paisaje que se te va desdibujando -. Fíjate, el árbol sobre el que te fotografió papá cuando tenías tres años y te regalamos un triciclo, estaba recién plantado y era diminuto. Esta semana pasada tuvieron que venir y arrancarlo para evitar que levantara más el suelo de la terraza. Plantaré en su lugar, un rosal trepador de color amarillo - a tu padre, sabes que ese color le encantaba -.

Vuelvo a tener que reanudar mi vida, tu padre así lo hubiera deseado. Empezaré por asistir a clases de inglés, sabes que me matriculaba, pero no duraba más

que dos o tres meses. Siempre tenía alguna excusa para evitar continuar. Me vendrá bien, por si puedo visitarte, no quiero que crean que no estoy a la altura. Te sentirás orgullosa de mí.

Si lo crees conveniente, de momento, no haría falta que comentaras la problemática de tus padres, aunque los americanos tienen aparentemente la mente más liberal que los europeos, no te fíes. Sólo de aquellos que irás conociendo a través del tiempo. Yo, si te llamo alguna vez que, ojalá puedan ser muchas aunque el costo sea elevado, siempre diré que la llamada es de tu tío. No levantará sospechas el tono de voz y tú te sentirás mejor, por lo menos de cara a la galería. Haré gruesa la voz, no te preocupes.

No quiero darte consejos inútiles, te sé lo suficientemente preparada para no necesitarlos, pero sí quiero decirte que eres mi razón de vivir. Que las separaciones son duras, pero que, son edificantes y constructivas, cuando lo son por el motivo que ha provocado la nuestra.

Ahora que estás lejos y tan honda y profundamente en mi alma, quiero que sepas que respetaré cualquier decisión que adoptes en la vida. Siempre te criamos con un verdadero sentimiento de libertad. Bien sabes que papá y yo, luchamos por ella encarnizadamente y logramos, no sólo el respeto de los demás sino el apoyo y comprensión -nos lo demostraron cuando cayó enfermo-.

Todavía me pregunto por qué a él. No fue promiscuo.

Siempre me respetó y fue fiel, como yo, hasta con el pensamiento: me consta; pero me produce escalofrío recordar que, una simple jeringuilla abandonada en la arena de la playa, pudiera desencadenar en esa noche lúdica de luna llena, la enfermedad que, posteriormente, desarrolló y que le llevó tan lejos de mí, que sólo tengo, como punto de referencia, la estrella donde me prometió estar cada vez que mirara al cielo y en donde me esperaría colgado de amor, para ir de salto en salto, recorriendo nuestro sistema solar, bañándonos con el polvo de la luna.

Se me olvidaba, tu novio está un poco triste. Me ha visitado esta mañana y ha desayunado conmigo. No quiso quedarse a almorzar. Me pidió una foto tuya, la que estaba en la biblioteca de papá, cuando cumpliste dieciocho años. Se la he regalado -él, también te merece, te quiere, te añora y te espera-

He ganado peso, pero me ha dicho el doctor, que ha sido como consecuencia de la inactividad física y de la medicación del tratamiento antidepresivo, al que me he tenido que someter. No me preocupa, salvo por la ropa de papá. No quiero dar nada más que una corbata que me pidió nuestro fiel amigo, tu padrino, y que le compré en Loewe, cuando vendió su primer cuadro en la Feria de Arco; el resto quiero usarlo yo, hará que me sienta mejor. De todas formas, además del régimen alimenticio que voy a imponerme, empezaré a ir a andar a la orilla del mar, como solíamos hacer papá y yo por las tardes antes de que regresaras del colegio.

En fin, aquí estoy mirando todos los objetos que me rodean y me siento menos mal. Tengo entre mis rodillas la manta de viaje que me regalasteis papá y tú el último de mis cumpleaños. Cincuenta. Cincuenta años ya, con todo un equipaje lleno de vivencias, configuradas fundamentalmente por grandes dosis de amor, y con la sensación de que mi vida ha quedado anclada en una estación donde los trenes parten y regresan de destinos que no me pertenecen ya. Mi estado podría ser comparable al del fósil de una cigarra que, al llegar el otoño y cumplir su ciclo, su esquelético recuerdo queda abrazado al tronco de un pino. Tu padre, querida, era eso para mí: un pino ancho, fresco en verano, protector en invierno y verde siempre, como la esperanza que me infundió desde que nos conocimos aquel día en la inauguración de una de sus primeras exposiciones.

Ya he rellenado los impresos que me remitieron de Sanidad para la estadística que, sobre el SIDA, están confeccionando. Me ha hecho ver el Asistente social, que sería de gran ayuda que asistiera a las reuniones que mantienen los distintos estamentos sociales - afectados, por afectar, amigos, familiares - pero, no me encuentro con fuerzas aún para poder transmitirles la energía positiva, que se diluyó cuando dejó de sufrir papá y cerré sus bellos ojos.

No quiero entristecerte, al contrario, quiero que veas que te hablo como si de un amigo se tratara. Pero en esa gris habitación de Hospital, bajo la luz de neón,

que hace más pálido el color del rostro del enfermo, tu padre, seguía teniendo esa belleza que no sólo de alma tuvo. Su cráneo desértico realizaba más sus grandes ojos sin pestaña alguna. Su boca jugosa de acerada miel, se cerró dándome un beso al vacío y tardé largo tiempo en avisar a las enfermeras para que no me separaran del calor que aún emitían sus manos. Me quité el anillo de esponsales y se lo introduje a él en el dedo meñique de su mano izquierda; quise que me tuviera más cerca y que nadie ultrajara con contacto alguno, la alianza que me había regalado, cuando frente al mar le dije: "sí, quiero". ¡Vaya, me voy corriendo! Se me ha echado la noche encima y tengo que sacar al perro, a Duque. El pobre, también siente la pérdida de papá; sólo se encuentra a gusto y tranquilo cuando se sube al muro de contención donde tantas y tantas veces nos hemos amado tu padre y yo, donde tantas y tantas veces, estoy llorando hoy.

Con ese sentimiento que sólo los padres saben sentir, te envió todo el amoroso calor que tu existencia provoca en mí, para que las noches te sean menos frías en ese país de nieves.

Tu padre, Andrés. "

Cuando Óscar terminó de leer la carta, no sabía adónde dirigir su mirada. Había quedado consternado. Estaba llorando. En el exterior llovía, pese a lo cual, se colocó las gafas de sol y salió rápidamente a la calle. Se dirigió al estanco más cercano, compró

sobre y sellos. Pidió que le prestaran un bolígrafo y escribió el mismo remite y dirección que existían en el sobre que él había desgarrado. Seguía lloviendo. No llevaba ni gabán ni paraguas, pero a él, no le importaba: la fina lluvia sobre su cabeza empapada se confundía con las lágrimas que no habían cesado. Se identificó con el firmante de tan sublime carta y frente al buzón del edificio de Correos, antes de depositar la misiva, besó al sobre y le deseó un feliz encuentro con esa hija que él no tenía, ni tendría y que, también, hubiera deseado compartir con el ser al que estaba amando y al que tendría que renunciar.

.

Paranoia decimosexta

Por vez primera fue Óscar quien miró el reloj, comprobó la hora y comunicó al amado, que tenía que marcharse para no llegar tarde a una cita que había concertado. Miguel, el amado, sorprendido por la reacción, cayó. Acusó el golpe que tantas veces él había asestado a Óscar y no vaciló, ni un segundo, en salir rápidamente del coche, aprovechando que el semáforo estaba en rojo. Óscar, sin hacer ningún gesto que demostrara su amor en aquella despedida, cerró la puerta y observó a través de la ventanilla el rostro de Miguel que estaba enrojecido, no como consecuencia de los dos güisquis que había tomado durante la tarde, sino más bien, por el desconcierto que había sufrido ante la tajante decisión adoptada por el amante de dar por finiquitado el encuentro.

Óscar, arrancó el coche una vez se puso en verde la luz del semáforo y, con velocidad poco habitual, llegó diez minutos más tarde a la consulta del psicólogo que le había dado cita a las veinte horas. Subió andando los cuatro pisos de una forma rápida e inconsciente y como ya había avisado su llegada por medio del portero automático, el psicólogo le recibió en la puerta. Se saludaron, se recordaron los respectivos nombres y tomaron asiento en una pequeña habitación, donde el mobiliario de clase

media y un ordenador, intentaban dar la apariencia de una consulta privada. El psicólogo le invitó a que le contara todo aquello que él considerara oportuno. Cuando Óscar terminó de exponer su inclinación sexual, su reconocimiento, pero no aceptación, y todo lo que le estaba angustiando de una forma incontrolada al estar enamorado, el psicólogo se quedó estupefacto al comprobar la claridad meridiana del paciente, su sensibilidad, su sinceridad y porqué no, su humanidad.

Durante la corta exposición de motivos, Óscar, no echó la culpa de su situación al amado, se la echaba a él mismo, por haberse permitido un lujo que no le correspondía. Lo estaba merecidamente pagando caro. Había perdido su voluntad. Quería recuperarla y ése era el motivo por el que se encontraba frente al psicólogo, que no atisbaba palabra alguna por no romper el monólogo que su paciente había establecido de forma controlada y consecuente. Cuando hubo terminado, el psicólogo miró fijamente a los ojos de Óscar, él, fijó también su mirada en la suya y sintiéndose comunicados le rogó que se tranquilizara y le declaró que comprendía la situación que estaba viviendo, ya no como profesional de la psicología, sino como persona. También él había vivido idénticas circunstancias y sabía lo duro que resultaba recuperar el alma, cuando como un adicto a las drogas se estaba al ser al que se amaba.

Con los ojos humedecidos se dieron un apretón de manos, con camaradería, como colegas en el amor frustrado. No había medicamento alguno que recetar, sabían perfectamente el cómo y el por qué de su enfermedad de alma. Óscar abonó el importe de la consulta. Quedaron citados para cuando él lo creyera oportuno y como única respuesta le dijo: *“No se preocupe. Nadie puede ayudar al ser que sufre por amor, ni siquiera el amado que lo origina, porque es ignorante de ello; pero si le sirve de algo, a la hora que lo considere necesario, puede llamarme y contarme lo que crea conveniente como amigo, no como paciente. Si no deseara volver a la consulta, lo comprendería; no obstante, sepa que me ayudaría saber que ha podido sanar de la herida que, por igual motivo, todavía sangra en mi pecho”*.

Óscar, bajó rápidamente la escalera, casi a oscuras, abrió el portal y salió a la calle corriendo. Se prometió volver en otra ocasión, pero cuando tuviera la certeza de haber recuperado o recompuesto las piezas del rompecabezas de sus sentidos.

Paranoia decimoséptima

Sucedió lo que suele ocurrir en las historias de amados y amantes, que los primeros vencen y los segundos son vencidos. El escenario de la vida del amado estaba repleto de protagonistas, éste no pudo resistir tanto peso y se hundió catastróficamente. Ambos se sabían y se ignoraban. No daban su brazo a torcer. Óscar no desconocía que el barco había encallado en un puerto frente a las rocas que crecían y se multiplicaban ante las necesidades y obligaciones familiares del amado. Volverían a ser, mas no a existir; a ver el sol, pero desde la sombra y a intuir la luna en la noche, desde sus sentimientos ocultos. Terminó bien lo que bien empezó. No hubo reproches ni tiempo para ello. Eran casi idénticos, su carácter lo demostraba. Miguel, el amado, seguiría cumpliendo lúdica, pero engañosamente, con su misión de esposo y él, el amante, intentaría, aun a sabiendas del esfuerzo, en proseguir con la suya.

Serían dos mutantes más de tantos que poblaban la Tierra. Se enzarzarían en proyectos solidario-culturales y, cuando intentaran reconciliar el sueño, al final de la jornada, acudiría a sus mentes la existencia del otro. La historia y sus consecuencias, por sabida, no resultaba original, pero sí dolorosa.

Tendrían los escauceos normales, sus relaciones

sexuales serían debidamente cumplimentadas con más pasión, para demostrarse lo viriles que eran, y seguirían dilapidando todo el caudal de amor, sin saborearlo de nuevo. Los amados, tienen estas servidumbres: primero, lograr conquistar, luego enamorar y, una vez conseguido, cortar de cuajo cualquier sentimiento que pueda condicionar la “libertad” de uno, a cambio de aparentar respetar la del otro. No pasaba nada, Miguel, volvería a fingir deseos y necesidades sexuales y a cumplir con el número adecuado de coitos que, estadísticamente, quedasen establecidos por los últimos estudios que sobre el sexo en pareja – léase matrimonio-realizaran los americanos, que todo lo estudian y analizan. Óscar, sobreviviría desde su “libertad” en la cárcel de los sentidos a la que estaba condenado a vivir, por el grave delito de haber perdido el alma en aras de cohabitar con la del amado, que provocó el envite sexual sin reparar en la existencia de algo más que la simple “necesidad natural”: la espiritualidad.

En la cafetería donde se hallaba, habían terminado de tostar unos sándwiches y el olor era molesto. Óscar acabó de leer un prestigioso periódico nacional y haciendo tiempo hasta que llegara la hora prevista para el almuerzo al que había sido invitado, repasó y reparó en unos anuncios sobre “contactos”. Le sorprendió ver qué cantidad de ellos había. La mayoría no deseaban más ni exigían menos que,

una buena presencia y potencia.

Erróneamente, como posteriormente comprobaría, pensó en la conveniencia de contratar un anuncio con la agencia pertinente, deseaba aturdirse. De una forma nada vulgar redactó el texto: “Varón de cuarenta años, de pulcro aspecto, desea establecer contacto con señores de similar edad. Se requiere sensibilidad y cultura adecuados para mantener una amistosa relación. Abstenerse plumas. Teléfono XXX XX XX “ – el contratado especialmente para la ocasión -.

A los dos días, salió el esperado anuncio en la prensa. Sólo restaba recibir las llamadas. Todas fueron alienantes y decepcionantes, unas de gente que sólo quería sexo; otras, que querían lo mismo, pero mentían. Hubo hasta la llamada de un sacerdote, según indicó el mismo interlocutor; pero la última que Óscar permitió, antes de anular definitivamente el anuncio contratado, fue la de una persona que no reconoció su voz y que le confesó que estaba vivo, pero herido de amor. No había tenido la humildad de pedir perdón y había dejado partir lo que él más necesitaba, demandaba y había encontrado en un “atardecer”: la misteriosa mirada de unos grises ojos que le transmitían todo el arrobamiento de un ser al que amaría de por vida. Óscar guardó silencio expulsando todo el aire que habían aspirado sus pulmones como terapia de relajación. Le había

reconocido, pero ¿cómo decirle quién era él, si su historia no podía ni debía continuar y lo que deseaba Óscar era si no olvidarle, por lo menos, recordarle sin el sufrimiento que estaba sobrellevando; recuperar su autoestima, su voluntad y sosiego? Cambió el tono de voz y recomponiéndose mentalmente, Óscar, a sabiendas de lo vulgar y de las consecuencias de su pregunta, interrogó a Miguel sobre el tamaño de su pene. El amado, contestó aturdido, nervioso, que era lo suficientemente estimable como para no haber dejado insatisfecho a nadie que lo hubiera probado y que, además, tenía un buen par de cojones para mandarle a tomar por culo, desde ese mismo instante. Miguel, ignorante de la personalidad de su interlocutor, colgó bruscamente el teléfono y Óscar, quedó estoicamente sentado frente al televisor haciendo “zapping” como un lúgubre ciudadano de a pie, mientras una de sus manos acariciaba de nuevo su pecho, acompañado de la eterna y siempre joven soledad.

Paranoia decimoctava

Óscar, ajeno a casi todo lo que le rodeaba tuvo necesidad de acudir a unos grandes almacenes. Se había quedado sin infusiones y azúcar y era con lo que solía desayunar. Las jornadas anteriores habían sido asumidas, pero todo le sonaba a distinto, como si no fuera con él, como si su dolor lo inundara todo de nostalgia.

Arrastrado por el carro en el que apoyaba su cuerpo, se dirigió a la zona donde se encontraban los productos que él necesitaba y, de repente, cogiendo a la vez el mismo tarro de mermelada, tropezó con un rubio chaval. Óscar se disculpó y, dirigiéndose a coger otro miró el rostro del niño. Tenía unos ojos azules que le recordaban a los que antaño le habían hecho vibrar. No sabía por qué pero, todos los ojos azules le recordarían siempre a los del ser que había, que estaba amando desde la renuncia y vacío.

El chaval preguntó si cogía otro tarro de mermelada de frambuesa dirigiéndose a una señora que se acercaba empujando un carro. Ella le contestó afirmativamente y al mirarla, Óscar, descubrió de quién se trataba. Nervioso, aceleró el paso para salir de aquella zona y se dirigió a otra más extensa donde se le confundiría con el gentío que se hallaba comprando. Sin poderlo evitar, se encontró de

nuevo con la misma señora acompañada del chaval y a la que se agregó una joven. Estaban cargando productos lácteos. La señora se dirigió a coger unos que estaban en la estantería más alta y por su baja estatura, era evidente que le iba a resultar difícil conseguirlo. Óscar, con un gesto de caballerosidad, acudió a ayudarla. Le agradeció el detalle y ambos mirándose, sonrieron. Ella, no lo reconoció. Él la recordaba. Al oír que el joven preguntaba por su padre, Óscar, les dio la espalda ágilmente y se escabulló entre la gente.

En la cola formada donde se despachaban sólo cinco productos por persona, Óscar esperaba su turno. Paralelamente, a pocos metros, se hallaban otras cajas que aguardaban a numerosos clientes. Ansioso, por el encuentro que había tenido, Óscar miró como al vacío, buscando sin buscar y hallando sin querer, a la misma señora, a sus dos hijos y a su esposo. El carro de aquel núcleo familiar estaba atestado de alimentos: zumos, leche, pastas, frutas, vegetales, mermeladas,... Todo era necesario e indispensable para una gran familia a la que alimentar. La compra de Óscar, por el contrario, era la que correspondía a una sola y solitaria persona que con nadie tenía ni podía compartir.

Óscar, abonó en metálico el importe de su compra y salió al pasillo central, fuera de las cajas. Delante del amado se hallaban ellos, la familia que había

formado hacía unos quince años. Óscar iba con la suya, es decir, con ninguna.

De pronto, Miguel, el amado, se separó del grupo y se dirigió al quiosco de prensa. Compró un diario local y “El País”. Óscar, se detuvo para no tropezar con el amado y se dio cuenta de que un joven, de unos veinte años, se dirigía al amado con cierta complicidad, como si existiera entre ambos algo más intenso que una simple amistad. Era evidente que habían quedado para reencontrarse de una forma furtiva, porque el amado, Miguel, comprobó la hora que marcaba su reloj de pulsera y Óscar, el nerviosismo gestual lo reconocía, lo recordaba de cuando había sido citado en iguales circunstancias durante la etapa que estaba intentando olvidar, sin conseguirlo. Miguel se despidió de su interlocutor con un beso al vacío, del que sólo se percató Óscar, que sintió un pinzamiento en su médula espinal. Miguel, aligeró el paso para incorporarse al grupo que configuraba su núcleo familiar, su razón de ser y por el que había renunciado no, más bien perdido, la oportunidad de compartir con él el resto de sus vidas y, con el estímulo del que ha quedado para dar rienda suelta a su reprimido instinto sexual en breves horas, el amado, apoyó su brazo sobre el hombro de su esposa, le susurró algo en el oído y con una carcajada peculiar, de aparente confidencialidad, dejaron de ser vistos por Óscar, que entró en la farmacia para

comprar un colirio – era inevitable tener que fingir que las lágrimas que empapaban su rostro, eran la consecuencia de una “conjuntivitis vírica” – .

Paranoia decimonovena

Esa misma noche, Óscar, consciente de la inevitable ruptura acaecida, el sentimiento de soledad y vacío que su alma soportaba, cogió el coche y partió apresuradamente a la ciudad que, llena de artificiales luces, iluminaría de igual forma a la noche oscura de sus sentidos.

Alguien, cuando él entró en el pub de moda, comentó el raro comportamiento que se le observaba durante el tiempo que tardaron en servirle un güisqui; pocos eran conscientes del desgarró y desconcierto que sobrellevaba. Fue a pagar la consumición; el conocido camarero le dijo que estaba invitado por la casa y, comprobando que aquel ambiente no le aturdió lo suficiente, cambio de lugar y a la lesbiana de turno que atendía en la barra de otro pub, pidió le fuera servido un güisqui – esta vez, sin agua ni hielo alguno-.

Eran lugares que había frecuentado con gente a la que había considerado amiga; donde había vivido escarceos en noches de ardorosos instintos. Nada. No hallaba nada que le retuviera. Se dirigió al pub donde se ofrecía música en directo. El sonido era ensordecedor. Estaba atestado de gente, pagó y consumió otro güisqui y cuando sus sienes parecían querer estallar, compadeciéndose de ellas, salió a la

estrecha calle a respirar aire fresco. No volvería a encontrar mirada con la amistad que la que había perdido ni a quién dirigir la suya. Comprobó que eran las cuatro de la madrugada y se dirigió, con una aparente inconsciencia, a un conocido pub-gay. Estaba a rebosar. El humo de los cigarrillos se podía cortar en el aire. Un chaval de poco más de diecinueves años, con rápida soltura y descaro le interrogó que qué era lo que iba a tomar: “un güisqui” – doble en este caso -. De pronto, se le acercó un joven de alta estatura, de pelo y ojos negros. Le pidió fuego. Óscar no fumaba, no podía servirle. El camarero de la barra le regaló al circunstancial acompañante de Óscar una caja de cerillas que hacía propaganda del lugar en donde se hallaban, a la vez que le encendía provocadoramente el cigarrillo.

Si estaba solo, le preguntó. “Solo” –le contestó Óscar – “Como nunca”. Que si no le importaba compartir, charlando, la copa que Óscar sostenía en sus manos. “Bueno” –pensó - Alguien quería hacerle compañía que, en definitiva, era lo que deseaba esa noche. Que era homosexual, le descubrió su acompañante, pero que no era una pluma loca; que lo llevaba todo con bastante discreción; que le asombraba no haberle visto antes en ese pub, que frecuentaba los fines de semana para dar rienda suelta a sus instintos, fuera del lugar donde residía... Alguien anunció que iba a actuar un travestido llamado no se sabía cómo,

que dedicó su actuación “a todos aquellos que se hallaran sufriendo por culpa del amor o de la soledad que él producía cuando se alejaba sin dejar remite alguno”. La canción era: “Ne me quittes pas”. Óscar, tuvo que pedir otro güisqui doble, lo necesitaba. Había tenido un encuentro con algo que no quería: sus recuerdos. Esa canción le removía todas sus entrañas. El acompañante circunstancial, le cogió de la mano y se apoyó en su pecho. A Óscar la situación no le alteraba; tenía bastante con todo lo que por su mente estaba pasando como una película, la de su vida amorosa.

Si tenía hijos, si estaba divorciado, soltero, viudo o casado, le preguntó. Óscar, de una dejadez de alma, propia de lo que sentía, le contestó que estaba “libre”. Que le parecía bien, le respondió su acompañante. No tener ataduras, hacía al ser, quizá más egoísta, pero también más libre, sin tener que asumir algo que no fuera lo deseado. La persona libre, no tenía que afrontar renuncias, no compartía, no sabía de dolor, de añoranzas, de responsabilidades,... Tenía la suerte y la posibilidad de poder elegir y, difícilmente, una persona libre, elegiría algo que no le pudiera pertenecer al cien por cien. ¡Qué inocente e inexperto le pareció a Óscar su interlocutor! Era joven: qué accidente. Óscar, efectivamente, no había estado casado, no había tenido hijos ni una familia a la que llevar adelante, era el prototipo de

la “libertad” y, sin embargo, como él, nadie hubiera podido entender hasta qué punto se sintió siempre amorosamente apresado y cómo se sentía en esos instantes: cual pájaro al que le habían dado la libertad, que ni volar quería, ni podía. Así se sentía Óscar. Si tenía coche, le preguntó el acompañante y, una vez que le respondió afirmativamente, conminó a Oscar a que se fueran juntos a algún otro sitio más solitario donde poder satisfacer lo que presumía que ambos necesitaban - su coche, el del interlocutor, era incómodo por el modelo-. Terminada la actuación del travestido de turno, Óscar se percató de que lo que sonaba era otra vez una música estridente que no permitía poder mantener una conversación con un tono de voz adecuado y, con una rápida, pero profunda mirada, observó qué era lo que tenía delante: era algo que en el mercado de la carne, seguramente, habría sido calificada de “primera especial”, mas él “carne” no buscaba ni necesitaba. Pagó lo consumido por ambos y, retomando su irónica personalidad, la que siempre le había caracterizado, acercándose sinuosamente a la mejilla de su acompañante le dijo: “Lo siento querido, estoy castrado. Por eso me encuentro, libre”. Y con un provocador y malintencionado beso en la yugular, se despidió airoso de su acompañante, tal cual había entrado: sabiéndose deseado y admirado por todo lo que allí había, a pesar de su madurez.

Óscar arrancó el motor de su coche y se dirigió a la playa y, bajo el techo estrellado de la luminosa noche, vomitando su dolor, se quedó dormido. Una ambulancia lo recogió cadáver, cuando a las siete horas y treinta minutos de esa mañana de sábado, el sol, deseoso de emitir sus primerizos rayos observó, aparentemente ajeno, la brutal escena: el pecho de Óscar había sido masacrado por el asestamiento de varias puñaladas. El rosal de sus sentimientos había emergido aflorando de rojo su blanca camisa y, entre los objetos personales que estaban desparramados en la arena – billetera, tarjetas...- se hallaba también uno, que no le pertenecía: una caja de cerillas, propaganda del pub-gay que la pasada noche había abandonado en solitario.

En este caso, la vida, sin permiso de la muerte, había encontrado al fin, el medio para liberarse de tan brutal condena: sobrevivir.

Este libro terminó de imprimirse

en Elx (Alicante)

mayo XXIII